

Hecho en el abismo

Me atrajo desde su fondo más oscuro, anestesió las heridas ocasionadas por mi amor hacia el mundo. Las maldiciones se abrieron paso entre mi carne, mordieron mi sangre y me hicieron distanciarme de mi apacible hogar; siempre sentí que no pertenecía a un lugar tan perfecto, la felicidad palideció a causa de mi nacimiento, hice que muriese el júbilo. No bastó con desearlo para cambiar, no fue suficiente con mis sacrificios para ganarme el perdón de los demás. En sus ojos solo vi miedo, en mi corazón solo veían desolación: no éramos compatibles. Sus sentimientos y los míos, ¡sus dictámenes y mi dolor! No eran compatibles.

Mas el abismo me ofreció una solución, dejar una vida tan triste y cubierta de eterno luto, olvidar rostros humanos para permitir que me acompañasen sombras inhumanas... Descendí sin mirar atrás.

¡La muerte se mostró como mi salvadora! Comprendí que estábamos predestinados, nos conectaba una energía que solo podía crecer en un ambiente tan íngrimo; el sol no tardó en apagarse, el frío no demoró en rasguñar mi cuerpo. Me aterró, me sentí diminuto ante la fuerza ejercida por mi tristeza.

Pensé en por qué había decidido iniciar mi descenso, supe que sin importar lo que pasara nadie iría a buscarme; la sombra que me había seguido durante toda mi vida se disipó, pero una más grande envolvió mi alma.

Ser consumido por las tinieblas no era distinto a estar en compañía de la soledad. No pude impedir que parásitos se introdujeran en mis entrañas para hacer su nido, me ocasionaron nuevos tormentos, mucho más hondos y terribles, ¡tan angustiosos que hicieron llorar a mis ojos a pesar de estar muertos!

En mitad de mi descomposición aparecieron malos espectros, guiaron a través de la penumbra al más cruel de los demonios. Observó mi aspecto con curiosidad, pero a diferencia de todos los demás, no mostró rechazo. Pese a ser un monstruo entre monstruos, aunque mi apariencia se hubiera deformado aún más a causa del abismo, nada de eso le importó.

Su mano invisible señaló hacia una dirección, luego la oscuridad me envolvió. Se esfumó el dolor, sentí cómo mi fuerza se dirigía hacia el borde de otro vacío, todo lo que quedaba de mí se hallaba de pie en un espacio etéreo. Lo sentí a él esperando por mi decisión.

Para entonces todo no parecía más que un sueño, un sueño del que jamás despertaría porque así lo quise en primer lugar. Tuve que nacer tan distinto al resto, tuve que estar maldito desde que pude ver lo que me rodeaba, habría deseado ser como ellos, alguien que

teme al abismo, alguien que abraza a la humanidad a pesar de sus defectos; lo que pasó fue la consecuencia de que pudieran aparecer seres tan defectuosos como yo.

Por eso no dudé al moverme, por eso no vacilé a la hora de pisar el cielo que yacía bajo mis pies. Decidí entregarme a la profundidad.

Sus vagos ojos se fijan en lo infinito, en la imagen de la nada, mas ese todo que se forma entre silencio y oscuridad lo atrae; lo atrae el vacío... Puede sentirse flotar, puede escuchar el llamado de un genio que promete concederle todos sus deseos, solucionar el mayor de sus problemas y permitirle ser feliz.

¿A qué coste? A uno demasiado alto para pagar. ¿Con qué condiciones? Formar parte del abismo, que este te moldee y haga de ti uno de sus habitantes.

¡Nadie lo extrañaría si desaparece! Lo ven como una criatura que proviene del infierno, algo tan distinto a ellos que les parece que el único lugar adecuado para contenerlo yace bajo tierra.

¡Qué crueles! Porque eso es lo único que él piensa ahora, no es capaz de reunir motivos suficientes para no saltar. Detrás de él hay un mundo de humanos; un mundo de abominaciones peores que él.

Su suspiro es arrastrado por la brisa, su cuerpo es guiado por la gravedad. Cae al fin... Y nadie sabe, ni nadie se pregunta por qué ha caído.